



CUARESMA CON LA MADRE TERESA DE CALCUTA

SANTA DE LA MISERICORDIA

4 LA ALEGRÍA DE LA FE Y LA FUERZA DE LA ORACIÓN

En la elección de las obras de apostolado de las Misioneras de la Caridad no hubo planificación ni ideas preestablecidas. Empezamos nuestros trabajos a medida que fueron surgiendo las necesidades y las oportunidades. Dios se encargó de hacernos ver qué era lo que, en cada momento, quería de nosotras.

La generosa entrega de nuestras hermanas es el regalo más precioso de Dios a nuestra congregación y a la Iglesia entera. Lo que más atrae es que nos ven realizar nuestro humilde trabajo **con mucha alegría y una sincera felicidad interior.**

1.- Hacerlo todo por Jesús



Nuestras vidas están muy entrelazadas con la Eucaristía: nosotras tenemos una fe profunda en Cristo presente en la Hostia Santa. Sin sacrificio, oración y penitencia, sin una intensa vida espiritual, no podríamos desarrollar nuestro trabajo. Eso es lo que nos une a la Pasión de Cristo en los Pobres. **Los Pobres son el cuerpo de Cristo que sufre. Ellos son Cristo.**

En una ocasión, un alto funcionario de la Administración india me dijo: «Ustedes y nosotros llevamos a cabo la misma labor social. Pero la diferencia es muy grande: ustedes trabajan por Alguien; nosotros en cambio lo hacemos por algo.» Él sabía que nuestro Alguien es Jesús.

El trabajo que realizamos no es más que el medio para expresar nuestro amor a Cristo en gestos concretos de amor y de vida. Sin Jesús, nuestras vidas carecerían de sentido. Resultarían incomprensibles.

Estoy muy dispuesta a renunciar a mi vida, pero no a mi fe. Jesús lo es todo. Él lo hace todo.

2.- La Providencia nunca nos ha fallado

Para los medios materiales dependemos por completo de la Divina Providencia. A través de nosotras, Dios se preocupa de sus Pobres. Nosotras tratamos con miles y miles de personas, pero jamás hemos tenido que rechazar a nadie. Siempre ha habido un lecho más, un plato más de arroz, una manta de más para dar calor.

Dios ha evidenciado su tierna bondad y delicadeza hacia sus Pobres a través de tantos detalles... Sería imposible de contarlos. Cierta día acudió a verme una hermana y me dijo: «Madre, se han acabado las provisiones de arroz para viernes y sábado. Tendremos que decir a la gente que no podremos darles nada de comer.» Quedé sorprendida por ser la primera vez que oía algo semejante.

El viernes, a primera hora de la mañana, llegó un camión ¡cargado con gran cantidad de barras de pan! Nadie en Calcuta sabía porque el gobierno había cerrado aquel día las escuelas. Nos dieron todo aquel pan de manera que, durante dos días, nuestras gentes pudieron comerlo hasta saciarse.

3.- Alimentar el espíritu



Tenemos que alimentarnos espiritualmente. Nuestras vidas tienen que estar conectadas con Cristo, que habita en nosotros. Empezamos nuestra jornada a las cuatro y media con **la oración, la Adoración Eucarística, la Santa Misa, la comunión y la meditación.**

El tiempo que pasamos con Jesús en el Santísimo Sacramento es el tiempo mejor invertido. La Misa es el alimento espiritual que nos sustenta. Sin ella, no lograríamos mantenernos en pie un día, ni siquiera una hora. En la Eucaristía, nosotras vemos a Cristo bajo las apariencias de pan. En los suburbios, lo descubrimos bajo la apariencia dolorida de los Pobres. **Pero Eucaristía y Pobres constituyen un mismo amor para nosotras.**

A las siete y media, **nos distribuimos por la ciudad, rosario en mano.** Lo rezamos mientras caminamos por las calles. **Nunca nos**

dirigimos a la gente sin rezar. El rosario es siempre una protección inmensa, nuestra fuerza y ayuda espiritual.

Todas las semanas tenemos un día de retiro. Se trata de un día muy importante, que nos permite a todas **recuperar fuerzas** para colmar de nuevo el vacío interior que produce el ajetreo diario. Ahí radica su belleza. Es también el día en que, además de dedicarlo de manera especial a la **Adoración Eucarística**, nos **confesamos**.



La única condición que pongo a los obispos es que garanticen **la atención espiritual de las hermanas**; que les faciliten la confesión e instrucción religiosa. En lo restante, nosotras dependemos exclusivamente de la Divina Providencia: **Dios ha dado muestra interrumpida de cuidar de nosotras.**

4.- El poder de la oración.-



Tenemos necesidad de orar igual como de respirar. Sin la oración no podemos hacer nada. La oración **ensancha nuestros corazones hasta darles la capacidad de contener el don mismo de Dios.**

Una novicia me vino a ver, llorando desconsoladamente. Le pregunté: ¿Qué te ocurre? Me dijo: «Madre, nunca he visto tanto sufrimiento en mi vida. En aquella casa carecen de todo. Permítame hacer un poco más de penitencia. Quiero poder compartir aquel sufrimiento.» Se trataba de una hermana muy joven que sufría verdaderamente por los demás.

A menudo digo a mis hermanas: «La alegría es la oración. **La alegría es fuerza. La alegría es amor**; una red de amor mediante la

cual se pueden capturar las almas. Dios ama a quien da generosamente. **Da más a quien da con amor.** La mejor forma de demostrar nuestra gratitud a Dios y a las personas consiste en aceptarlo todo con alegría. **Un corazón alegre es el resultado de un corazón encendido de amor. Jamás consintáis que nada os embargue la tristeza, que os haga olvidar la alegría de Cristo resucitado.»**

La oración no nos impide **seguir nuestra tarea**, sino que seguimos desarrollándola **como si fuera una oración.** La oración genera fe, la fe genera amor, y el amor genera servicio a los pobres. Amar con un corazón puro: amar a todos, especialmente a los Pobres, es una oración que se prolonga durante las veinticuatro horas del día. **Los Pobres tienen hambre de Dios. Les gusta escuchar que tienen en el cielo un Padre que los ama.**

5.- El milagro de nuestra felicidad.-



Nuestros Pobres lo son por la fuerza. Nosotras elegimos libremente la pobreza. Queremos ser pobres como Cristo que, siendo rico, eligió nacer, vivir y trabajar en medio de los Pobres.

Todas las dificultades desaparecen cuando se comprende la alegría y la libertad que vienen de la pobreza. **«Cuanto más repugnante aparezca el trabajo, mayor deberá ser nuestra fe y amor en realizarlo, y más alegre nuestra entrega.** Superar esa repugnancia por amor de Jesús nos hace heroicas. Tenemos que determinarnos a alcanzar la santidad.»

El milagro no consiste en que seamos capaces de llevar a cabo la labor que realizamos. Lo que sorprende a los demás es comprobar que nos sentimos felices de hacerlo y sonreímos haciéndolo.

*God bless you
M. Teresa me*

